

## Niño en el acantilado

---

El mar huele a fuego. Entre las sombras de este atardecer rojizo, al niño le llega el olor acre de un incendio. Si se detiene a prestar atención, escucha asimismo el sonido de aullidos lejanos, el crepitar tiznado de la carne quemada.

El niño se llama Martín Ynfante y tiene diez años.

No sabe nadar.

Emboscado bajo paredes del color del frío, veinte metros por encima de este arrecife puntiagudo, el niño cierra con fuerza los ojos. Cierra los ojos igual que lo hacen todos los niños que tienen miedo. Debajo de él, el mar Cantábrico ruge como un monstruo asmático, pero él no lo escucha. Ensimismado en sus recuerdos, Martín intenta desechar de su cabeza el horror vivido. Tanto odio. Tanta muerte tremolando en su mente infantil. Sus oídos relampaguean con los tronidos de la violencia presenciada las últimas horas.

(...)

Todo ocurre muy rápido. Se encuentran en casa cuando su madre le agarra del brazo. «¡Escóndete, están aquí los franceses!», grita asustada. «¡No hagas ruido!», ordena a la vez que lo esconde en un agujero detrás del armario.

El niño quiere llorar, pero no puede

Están los franceses.

En silencio, el idioma del miedo, Martín aguarda dentro de su escondite. Desde el exterior, como una sinfonía macabra, le llega el estruendo de los cañones, de las granadas descendiendo en racimos, de las balas sobrevolando la casa como nubes de estorninos. A lo lejos, los tepes de las trincheras vuelan igual que vilanos de dientes de león. Sobre el tejado caen gruesos cascotes.

El asedio dura horas.

Está hecho una madeja cuando lo huele por primera vez. El olor a madera quemada. El aroma carbonizado del fuego. Los franceses están quemando su casa. ¿Su casa? Están prendiendo fuego a todo Castro-Urdiales. En ese momento los gritos se hacen dolorosamente cercanos. Una luz oblicua se abre paso hasta su escondrijo y puede ver la escena como a través de una celosía. Cuatro soldados franceses irrumpen a la fuerza en la habitación y su padre sale al paso haciéndoles frente con un cuchillo. Con un rápido movimiento, un soldado francés saja su

garganta. El niño no puede quitar la mirada del rostro aterrorizado de su madre postrada de rodillas sobre el cuerpo exangüe de su padre, suplicando con los brazos en alto: «no me hagáis nada, por favor, no me hagáis nada».

Tampoco podrá olvidar la respuesta cargada de desprecio de los franceses.

— *Poule trop vieille pour baiser...*<sup>1</sup> —escupe uno clavando la bayoneta en su lecho de carne.

En cinco segundos, el niño es huérfano.

A los asesinatos prosigue un ruido de bandidaje, de mezquino pillaje, de platos rotos y voces aguardentosas buscando alcohol por la casa. Los goznes emiten un gañido quejumbroso cuando los franceses agitan el armario que le oculta, pero no llegan a verlo. Las habitaciones se están empezando a llenar de humo y deciden marcharse a tiempo. Cuesta respirar. Al niño también se le hace difícil tomar aire, densas fumaradas filtrándose por los huecos de la madera, haciéndole toser.

Si se queda ahí, morirá ahogado.

Únicamente entonces el niño sale al exterior. Sobre las calles de Castro-Urdiales, bajo el fulgor rielante de las llamas, yacen decenas de cadáveres. Cientos, quizá. Un muladar de cuerpos acostados sobre charcos de lluvia y sangre, un paisaje de bibelots rotos. Entre los claroscuros del humo, ve sucederse los crímenes. En un portal, a la vista de todos, un militar viola con saña a una muchacha. Un hombre es arrojado por una ventana para ser rematado a golpes en el suelo. A pocos metros, a modo de trofeo, una patrulla napoleónica ondea el cadáver de un bebé ensartado en una bayoneta.

Como un tañido tocando a muerto, el cielo parece cubierto por un polvo opaco, entristecido, sin brillo. La realidad filtrándose a través de una gasa, diríase que el pueblo entero contuviese la respiración. Por todas partes se repiten los labios morados, los pechos hendidos, las manos abiertas a perpetuidad hacia un cielo sordomudo. Transcurren los primeros minutos de la mañana del 11 de mayo de 1813 y el puerto se ha teñido del color del rubí, las olas arrebolándose en rojo, el agua ruborizándose de vergüenza. Entre las barcas, flotando inertes, las víctimas descansan bocabajo. Sus carcasas deshabitadas no volverán a ver el sol. Sus vientres tajados alimentarán a los peces.

¿Por qué ese odio inveterado?

¿Por qué tanta crueldad?

El niño no conoce los motivos ni los porqués, pero corre. Corre como alma que lleva el diablo entre la salmodia de balas. Algún soldado prueba puntería con él, pero la mayoría están borrachos a esa hora. Sus ojos de escolopendras apuntan mal. El niño corre y sigue corriendo. ¡Corre, niño que corre!

---

<sup>1</sup> Gallina demasiado vieja para follar.

A toda velocidad, consigue escabullirse entre la marabunta iracunda de soldados. Con el corazón estallándole en el pecho, alcanza la Iglesia de Santa María y se descuelga por el acantilado, encajando su pequeño cuerpo contra un saliente de las rocas. Bien retrepado, cree que no lo verán.

En la distancia, los que han podido escapar en barcas —la guarnición española y unos pocos vecinos— asemejan puntos en el horizonte. Detrás de él, Castro-Urdiales sigue ardiendo. Aovillado sobre sí mismo, encogido como un cachorro de gato, el niño espera.

¿Espera el qué?

Nada. Sólo espera.

(...)

Ahora el niño tiene hambre. El niño tiene sed. Alrededor de sus párpados se dibujan lunas negras como alas de cuervo. Su figura prefigura una brecha borrosa tras el esmeril de lo tangible, un penacho entre las rocas. Llenándose de valor, se sujeta las rodillas con los dos brazos e intenta no mirar hacia abajo. La caída es larga.

De repente, oye voces. Alguien su acerca. Presta atención y ve llegar a una pareja. Se encuentran a pocos metros de él, al otro lado del acantilado, sobre la Punta de la Atalaya. Se trata de un soldado francés acompañado de una joven del pueblo. La muchacha le dedica carantoñas y acaricia el pelo del soldado. Es Marisa, la hija de la panadera. Se tumban sobre la hierba. La joven comienza a besarlo. Ríen a carcajadas. Ruedan por el suelo.

El niño no puede creerlo.

¿Acaso va a acostarse con el enemigo?

¿Acaso Marisa va a encamarse con los asesinos de su pueblo?

La pareja sigue revolcándose sobre la campa. Marisa lleva el cabello partido en dos guedejas que le caen a ambos lados de la cara. Juguetona, conduce el cuerpo del soldado a capricho. Entonces, como un relámpago, levanta con fuerza las piernas y lo empuja hacia el acantilado. El gesto pillá desprevénido al soldado, que se precipita hacia el borde. Sin embargo, en el último instante, alabea el cuerpo y consigue recuperar el equilibrio.

—*Salope de traître!*<sup>2</sup>—masculla.

---

<sup>2</sup> ¡Perra traidora!

Cae un silencio pesado, acerbo. Una hora contenida en un minuto. Con indolencia, de manera mecánica, el soldado saca un cuchillo y lo hunde profundamente en el vientre de la joven. Luego, como quien tira la basura, arroja a Marisa desde lo alto. Al niño se le escapa un suspiro amortiguado cuando escucha romper el cuerpo contra las piedras. La reverberación de su gemido queda flotando en el aire. Entonces, el soldado lo ve.

Un niño ojeroso observándole desde las rocas.

Un niño en el acantilado.

Hombre y niño se miran a los ojos. Lleno de odio, el germen agazapado del despecho late con fuerza en el corazón del militar. Dientes de caimán asoman a su boca y una bola de revancha se forma en su garganta.

—*Venez! Venez ici!*<sup>3</sup>—berrea.

A grandes gritos, convoca a más soldados. El horror grabado a buril, arañas de pánico asaltan la mente del niño. Lágrimas como calamocos descienden por su cara. Poseen el sabor de la lluvia. Pronto comenzarán a llegar más soldados armados con bayonetas. A esta distancia, sabe que no fallarán.

—*Approchez-vous! Venez ici!*<sup>4</sup>—prosigue el soldado su letanía de muerte, el perfil de una patrulla aproximándose tras él.

El tiempo se ha detenido en un estado gaseoso, en una escenografía feérica y desdibujada. Bajo la pátina gastada de este acantilado gris, el horizonte prefigura una tachadura. Debajo del niño, el litoral brama como un maelstrom hambriento. El niño mira a sus pies. El abismo le da miedo. Arrullándole de frío, el viento zurea de disconformidad. Las olas acontecen un crujido, un humor desleído de espuma, un pozo negro.

El niño no sabe nadar. Se llama Martín Ynfante y tiene diez años.

Ocho soldados franceses apuntan sus bayonetas hacia él.

Y el niño salta.

\* \* \* \* \*

---

<sup>3</sup> ¡Venid! ¡Venid aquí!

<sup>4</sup> ¡Aproxímaos! ¡Venid aquí!